

Silvia Balmaceda

La ciudad nevada

a Luis Durand



NEW York, la gran metrópoli, cerebro del mundo, luciendo en sus escaparates los últimos inventos de la técnica moderna. ¡Qué soledad de piedra y cemento arañando el cielo en su vuelo desmesurado! ¡Cuánto olvido del alma y de las estrellas! Humanidad como un río por las calles, como río presuroso. Humanidad de todos los colores y nacionalidades, impaciente, avanzando en línea recta, sin cavilaciones. Un orden silencioso en el largo deslizarse de los carruajes por las espaciosas avenidas. Y, en el fondo, el implacable reloj del tiempo marcando sus horas veloces sobre este universo de autómatas. New York es el centro de los especializados; cada hombre y cada mujer cumple con una función en esa sociedad perfecta, encasillados en su oficio; identificándose cada día más con él, hasta mimetizarse.

Los norteamericanos son una raza fuerte, bien equilibrada sobre sus piernas. Su aspecto es recio y duro, como sus edificios. Al verlos pasar, no se puede menos que rendir homenaje a su titánico empuje. ¡Qué hacen estos seres en esa hora del día, aunque breve, en que se piensa o se charla? Relataré algo del mundo íntimo de esta grande e imponente falange humana.

Transcribiré algunos recuerdos de una amiga sudamericana que viajó sola por los Estados Unidos. Frágil y pusilánime ante los problemas materiales, como son la mayoría de las mujeres de nuestros países, la lleva una gran curiosidad por la vida y los ambientes y un agrídulce sentimiento del humor para afrontar sus propias contingencias.

Recién instalada en su flamante Hotel, el director le avisa que no podrá hospedarla más de unos días, pues la semana deportiva invadirá todos los hoteles de New York.

Nosotros los latinos no tenemos idea de lo que significa un espectáculo de ese orden en un país sajón. Para ellos el deporte es algo sagrado, el hombre fuerte y ágil, que vence, se transforma, junto con las estrellas de Hollywood, en un dios, en un nuevo astro que adornará las paredes de muchos *homes*, haciendo fila jerárquica con otros contendores y algunas estrellas del cielo hollywoodense.

De este modo comienzan las peregrinaciones de mi frágil amiga por los hoteles, escuchando siempre la misma negativa desdeñosa: —«Todo es para ellos, los superhombres, y nada para su paliducho rostro»— parece adivinar en las miradas de reflejos minerales.

¿Qué hacer en la ciudad del cemento, tan helada, con un cielo tan escondido y distante, donde no llegan los ruegos? ¿A quién recurrir? Sus amigos y algunos conocidos, europeos refugiados, apenas caben extendidos en los estrechos «flats» de algún piso número 20, al cual hay que ascender a pie. Las vidrieras de los «*drugs stores*» lucen vitaminas de varios colores. «Tal vez ayudada por ellas, termine por encontrar vivienda»—piensa nuestra amiga, magnetizada por las mágicas bolitas y esa leche blanca y espumosa del pulido mesón, saltando del esterilizado grifo a las enguantadas manos de la bella empleada, toda ella lechosa y clara como su trabajo.

Ha llegado la tarde en la infructuosa búsqueda. Y ya Lucía, nuestra amiga, necesita con urgencia extender sus miembros

cansados en su lecho, soltar su imaginación, dejarla divagar a su manera, siguiendo la estela de algún barquito que cruza el río Hudson, frente a su ventana. Contempla el paisaje con su alma sudamericana, impartándole algo de su melancolía a esa faena árida de carga y descarga en ese pequeño muelle gris de río, en los suburbios de la ciudad. Luego mira su pieza, tan perfecta como un estuche—con su radio en el velador, anunciando un «team» de football—y la satura de su alma sentimental y tierna, dándole un sello propio. ¡Qué bueno es a veces encerrarse en algo pequeño, como este cuarto anónimo, en que algunas ropas desordenadas y tal vez un retrato con un rostro querido, nos dan la ilusión de vivir en lo nuestro, protegiéndonos y reposando de los sórdidos e inmensos muros, de las calles desconocidas y de esa mirada mineral del hombre de la ciudad.

Los norteamericanos nunca se enferman, y cuando se mueren nadie los ve pasar a su postrera morada. Los enfermos, si es que los hay, los esconde la tierra, y de ella surgen los otros, los duros, los fuertes.

Esta es la visión externa y superficial de New York que se ha formado una mujer sudamericana, soñadora y sentimental.

* * *

Por fin suena el teléfono. Alguien llama. Es Igor, el amigo ruso, príncipe hermoso y pobre, como en los cuentos, casado con una compatriota suya, compasivo como un personaje de Dostoiewsky. Trata de ayudar a Lucía en su búsqueda:—«Allo, Lucie, ¿Comment ça va? Pas de logement, je crois que j'ai trouvé quelque chose pour vous. Demain j'irais vous trouver. A bientôt».—¿Por qué repentinamente se siente tan inútil y absurda? Después de esa corta conversación telefónica se le aparece inmenso el favor de Igor de buscarle alojamiento. En cambio, en su país, ello sería natural. Los hombres son galantes con las mujeres solas. Pero quizás ello sea sólo fanfarronería.

Nunca hasta ahora había tenido ocasión de reflexionar en que esta sequedad del hombre norteamericano es tal vez mucho más humana y sincera. ¿Cómo saber si el hombre sudamericano es un ser real? En su memoria lo recuerda como a un fanfarrón con arrestos generosos, pero inconcluso, vencido al fin por la apatía y la indiferencia. En su país, especialmente, los aplasta la montaña. No son una raza fuerte. Su fuerza es pasiva, subterránea, y están vencidos antes de luchar.

Comienza el otoño. Un sol helado se quiebra a través de las altas torres de la Quinta Avenida, hermosa y deshumanizada. Lucía camina por ella. Luego llega a la calle Sesenta y Uno, estrecha y antigua; con más aspecto de calle europea. Desemboca en el Central Park, que empieza a invadirse de hojas amarillas y de cochecitos de guagua. Ha llegado junto a un edificio viejo, un tanto abandonado, cosa rara en New York. Es este un nuevo aspecto del barrio aristocrático; por eso el polvo en las puertas reviste un aire solemne de antigüedad. Lucía toca el timbre. Luego un hombre de ademanes correctos, con una negligé vieja y arrugada, toma las maletas e introduce a nuestro atónita viajera al desorden más internacional del mundo. La pieza es grande, de techo alto y artesonado, con paredes verdes oliva y gran chimenea de mármol, sosteniendo en su alero unos libros de química industrial y de física. Luego, en el centro del cuarto, aparecen dos lechos pequeños e infelices, de madera rasguñada, y, haciendo las veces de veladores, dos maletas-mundos, con atrayentes etiquetas amarillentas de todos los países; su dueño es el capitán Schmidt, ausente en la ocupación alemana. A través de todas las puertas abiertas puede verse un montón de ropa de hombre en desaliñado tropel. Lucía experimenta tal vez la última rebelión burguesa antes de entregarse totalmente a este «nuevo orden». En la pieza del lado escucha voces de hombre y, al advertir que ellos serán sus vecinos, se siente sobrecogida de espanto. En cambio, Igor, que se encuentra feliz de haber podido cumplir

con su deber para con la compatriota de su mujer, ríe y hace chistes sin reparar en la desesperada expresión de Lucía.

«En fin—medita ella—puede que descubra algún medio para defenderme de esas voces gruesas, de esos pelos rojos y del whiskey rubio y cantarín, que cae en grandes vasos, al otro lado de la puerta, en lo desconocido».

* * *

Los días pasaron devolviendo la tranquilidad al confundido espíritu de Lucía. Desde su llegada al departamento, advino el silencio y el recogimiento. Su dueño se hacía presente, con suma prudencia y gentileza, para indagar si algo se le ofrecía, o para retirar alguna prenda de vestir, guardada en los numerosos roperos. Por primera vez en New York un clima cálido le iba reflejando esa otra faz de la vida norteamericana. Sin embargo, ella seguía buscando alojamiento, sin encontrar nada al alcance de su presupuesto. Comprendía también que le sería difícil caer en un ambiente tan curioso y seductor como este del departamento de la calle Sesenta y Uno.

Entre tanto, los dos pensionistas que le habían cedido tan gentilmente su pieza, dormían uno en el sofá y otro en el suelo de la estancia vecina y estaban más afanados que Lucía por encontrarle habitación. ¡Cuántas cosas iba descubriendo en la idiosincrasia norteamericana! Ella era una intrusa que había usurpado las comodidades de dos muchachos que tenían que trabajar para costear su pieza. Sin más les había arrojado al sofá y al suelo del cuarto contiguo. Ellos no se quejaban ni siquiera hacían alguna manifestación hostil o de impaciencia. Por el contrario, cuidaban su sueño y le daban prioridad en sus excursiones al teléfono o al baño común. Esa respetuosa actitud de camarada hacia la mujer, caía como un bálsamo sobre sus heridas aún abiertas.

El tiempo le fué dando a conocer la intimidad de esas vidas y del alma individual de un pueblo. El dueño de la casa era de

origen escocés, así lo pregonaban sus cabellos rojos y múltiples pecas. Sólo dos generaciones atrás su familia había abandonado su castillo en Escocia, para trasladarse a la joven y virgen América. Hijo de un alto prelado de la Iglesia anglicana, en sus primeros años quiso seguir los pasos de su padre. Estudió teología y llegó hasta dictar elocuentes sermones en el púlpito. Mas luego la vida le fué demostrando que la humanidad toda era digna de ser erigida en un culto religioso. A ella decidió más bien darse por entero, para ayudarla en sus dificultades y sufrimientos. Así, Lucía, sola y sin techo, había caído en el regazo de este profeta del siglo veinte.

Lentamente las puertas de comunicación se fueron entreabriendo y por ellas fué divisando un mundo nuevo; momentos de intimidad bajo los techos de la gran metrópoli. Desde ese departamento de la «Sesenta y Uno» vió desfilar todas las naciones, con sus diferentes problemas frente a la vida. Los nobles emigrantes, los herederos sin trono, la sencilla democracia con sus anhelos y sus simples ocupaciones y los aventureros anclados como barcos en las oscuras riberas del Hudson, buscando nuevos horizontes a su inquietud. Pronto entró a participar en la modesta tertulia sobre un raído sofá, donde en unas tazas averiadas hervía un chocolate espumoso, para olvidar el frío de las calles y encontrar el ambiente propicio a la confianza comunicada en el oído amigo. Pero, ¡cuánto humor en la repetición de cada una de esas contingencias, cuánto color en la forma de esas vidas! A ese aristocrático y pobre departamento llegaban todos los títulos a deponer sus armas frente al chocolate cordial.

Así conoció Lucía al heredero del trono de Turquía, hombre alto y hermoso, con grandes ojos dormidos y un exquisito refinamiento en toda su persona. Varias veces asistió a su buhardilla, de techo azul, con su ancho diván oriental lleno de cojines de plumas. Se comían extraños platos preparados por el dueño, lleno de misterio, como sus pinturas cubiertas de velos negros. Invitada por su amigo Igor, conoció también a los archiduques

de Austria, frescos como niños, con toda esa alegría de vivir que no les pudieron arrebatar junto con sus posesiones. Eran amables y compartían con generosidad todo lo que tenían. Ambos eran artesanos y poseían la magia de transformar un humilde palo, en labrado y precioso mueble. De este modo ganaban su vida, arreglando interiores y haciendo surgir bellezas con la varita mágica del buen gusto. Muchachas que trabajaban de modelos en tiendas elegantes, finas y bellas hijas de artistas hollywoodenses, actores de teatro fracasados y cazadores del Africa, todos se turnaban para asistir al chocolate de la sonrisa negra. Qué cálido ambiente de sinceridad, de compañerismo en la lucha común, en las aspiraciones y en los tropiezos. Qué embrujo el de los muebles roídos y el del rojo dueño de casa con su conmovedora sonrisa nueva y su batón gastado. Al frente, a pocos pasos de esta simple humanidad, estaba el «Colony», el lujoso restaurant de los turistas y de los norteamericanos ricos. Lucía podía verles llegando en sus limousines, cubiertas de pieles las damas y de dólares los caballeros. Justo a la misma hora en que aquí se servía el chocolate humilde.

Con ese especial sentido de la adaptación que poseen los chilenos, Lucía se había identificado con aquel mundo internacional, pasando a compartir sus alegrías y afanes. Había llegado a ser el alma de esas reuniones. Todos estaban deseosos de ayudarla, en el camino del triunfo, que allá se llama un buen «job», que le proporcionaría los dólares suficientes para vivir en paz.

Comenzaron los «party» y las presentaciones. La pintora Miss Bakeland, que expuso con éxito un retrato del dueño de casa vestido de pierrot, su hija, miss Bakeland junior, con sus encantadoras amigas jóvenes, todas con lindas piernas y sonrisa afable; la directora de «Vogue», en su departamento en Park Avenue, con sus invitados con títulos y su perro pekinés. Entre sus asiduos se encuentra el conde Bolesky, ruso interesante, canoso, presidente de «Vogue», que besa las manos y mantiene una fría y cortés distancia. Luego, la Condesa de Gramuont de

la nobleza italiana, con su delantal de brocado y su puesto importante en «Elisabeth Arden», batiendo cocktails y desparramándolos en copas de cristal veneciano. Posee un elegante boudoir y como invitado de honor presenta al pintor francés de retratos Boutet de Monvel, de prosopopéyica galantería a lo fines de siglo diez y nueve, en medio de los perfumes y ropas recién traídas de París.

El delicado e inconsistente tipo de Lucía, la novedad de su presencia, gana rápida popularidad. Se la invita a todas partes, con el apodo de la charmante Madame Fernández, o la charming lady Fernández. Los peleteros millonarios Woronoff la convidan a su flat de Park Avenue y le presentan a un director de cine. El rico español conde de Torres y Casas, la lleva donde el modisto de «Vogue» como futura modelo. A su vez, el Barón Van Zuilen la invita a una recepción en su piso del Waldorf Astoria, brindando por sus aspiraciones con el rubio champagne, mientras los últimos chansonniers franceses cantan sus nuevas melodías y los astros del mundo social brillan con su irreal aureola de lujo y frivolidad. Lucía habla el francés con suave y correcto tono y el inglés con acento francés, lo que tiene un cierto encanto para los americanos. Su amiga la condesa de Santacruz, le da a conocer otro río de títulos y posesiones, que llegan a su oído distraído. Todo ese mundo es un carrousel que a veces cansa y marea, más a ella le agrada saborear, conocer ambientes y luego paladearlos en su sillón roído, junto a un buen concierto transmitido directamente desde el «Carnegie Hall».

Su éxito y glamour no pasan inadvertidos para sus vecinos, los jóvenes norteamericanos. Ellos también quieren rendirle su tributo y ofrecerle su amistad. Y así un día Lucía entra en el claro mundo de la democracia norteamericana al ser llevada por el joven Eric a su casa. Fué ahí donde comprendió por qué este país ha llegado a ser tan poderoso y grande. Es en sus familias modestas donde reside ese sentido de la ayuda mutua y de la amistad que al trascender, irradiando, llega a formar una gran nación.

La madre de Eric, muy joven y activa, realiza con alegría todas las faenas domésticas; su hermana, muchacha sana y hermosa, canta como un ruiseñor y aspira a ser estrella del Metropolitan Opera; estudia todas las horas libres y el resto del tiempo trabaja como secretaria para costear sus estudios de canto. Eric, el varón de la familia, es inventor, aunque durante gran parte de la noche trabaja como empresario en un teatro de Broadway. Luego duerme hasta las cuatro de la tarde y se dedica a sus inventos hasta el anochecer. A veces también visita el salón de un joven pianista, donde se reúnen varios muchachitos sofisticados, de largos cabellos, a discutir sobre música y musculatura. Eric es un niño grande, concentrado y ambicioso, que ha puesto como meta de su vida la risueña perspectiva del millón de dólares con que sueña toda la juventud en Norteamérica.

Taylor, el otro joven pensionista del departamento de Lucía, es delgado y alto, con un rostro de perilla reluciente y pequeña. Vino de provincia a hacer teatro a la ciudad. Su fracaso fué absoluto y tuvo que llegar a aceptar cualquiera ocupación para ganar su sustento y no morir de hambre. Fué así como el artista fracasado llegó a transformarse en ascensorista de hotel. El choque y la decepción fueron tan grandes, que en su desasegado sueño podía oírsele repetir monotonamente el estribillo de su nuevo «job»: —«Up down, Stop, Up down, Stop».

Jim, otro de los singulares asistentes al chocolate y aspirante a pensionista del hospitalario sofá, permanecía cada vez más abstraído en su alcohólico mundo. La vida sedentaria en una ciudad civilizada había llegado a destruir su vitalidad y rudeza, hecha para domar bosques y elementos, embruteciéndolo en el apático letargo de una embriaguez sin tregua de noches ni días. Se le veía a todas horas, como una sombra enorme y tambaleante cruzar el pequeño espacio entre el living y la cocina en busca de su rubia y adormecedora poción. En ese hombre rudo y rojo había algo enorme y vencido, como de árbol arrancado de la tierra. Poco a poco había ido vendiendo todo lo que tenía hasta

sus últimas prendas de vestir. Su vida se hundía como un gran barco que lentamente cubre el mar. A veces aun hablaba de su pasado, de sus bosques en el Canadá y de su fuerte brazo derribando leños. Ahora, a él también lo cortaba la inercia y quedaba ahí como un leño pesado y sin vida. ¡Pobre Jim! Sin embargo algo tenía este hombre rudo, algo de señor, una cierta nostalgia dulce y cálida, que hacía que se le tomase aprecio. Por eso tal vez le sucedió lo que a los príncipes buenos en las historias infantiles. Le llegó su hora en el mismo instante en que de su vida ya no quedaba más que un mástil a la deriva. Fué convidado a un party, y sus buen amigo Ret, el dueño de casa, le consiguió un traje, lo aderezó como a un fresco plato de beef y luego lo llevó a empujones a jugarle esta última carta a la suerte. Y tuvo razón. En tres horas la existencia de Jim había cambiado, tomando otro rumbo para siempre. La lujosa limousine de una viuda millonaria y vehemente se detenía ahora frente al viejo departamento, en busca del equipaje de Mr. Jim Hudson. Comenzaron los apuros del buen samaritano del dueño de casa, al saber que la suerte golpeaba por fin en la puerta de su amigo. ¿Cómo ir en su socorro y disimular su terrible indigencia? No quedaba más que poner en práctica la política de los buenos vecinos. Y así, en un momento, las ropas de mi amiga Lucía, en promiscuo enredo con las de Ret, de Eric y alguna vieja camiseta de Taylor, el actor-ascensorista, formaron un trousseau presentable dentro de una desvencijada maleta, que se entregó cuidadosamente en manos del elegante chofer.

Mucho tiempo pasaría antes de que a Jim, secuestrado por la ávida viuda, se le volviera a ver. Sólo se le escuchaba en el teléfono, gritando como un endemoniado para pedir ropas y más ropas prestadas. En cambio todos deseaban recuperar las que ya se había llevado. La angustia de Ret crecía con el tiempo. ¿Cómo abandonar a su amigo en el umbral de la felicidad? Mejor sería decir la verdad. Tarde o temprano llegarían los ausentes y reclamarían sus corbatas y sus pañuelos. Ret, con su corazón

de amigo, rojo como su pelo, decide tentar a su vez el corazón de la viuda. Después de algunos trajines descubre el nido de amor en que la viuda cubre con sus alas negras al atónito explorador de los bosques vírgenes, que yace algo desfallecido en los maternales brazos de su amada. Ret, a solas con ella, da libre curso a su humanitaria elocuencia, exponiendo la real situación de su amigo. Con ojos húmedos de emoción ambos terminan el diálogo. La viuda queda más prendada que nunca de su romántico príncipe, náufrago, que ahora no tendrá más isla que sus brazos.

Una semana ha transcurrido y ya todos se alegran de la suerte de Jim. Su vacío en el departamento es llenado con la alegría que ha producido su repentina buena estrella. Los hijos de la viuda lo consideran como a su futuro papá. Ahora tiene un cargo de gerente en una importante compañía, una cuenta corriente de algunos miles de dólares y un flamante carruaje en su puerta. La enamorada viuda se llamaba Brenda y era hija de banqueros; para suerte de Jim su corazón aun no se había capitalizado y en sus manos un tanto grandes y cuidadas, en sus ojos un poco desorbitados y en sus rojos cabellos algo tiesos y rebeldes se encontraba la mágica varita de virtud que transformaría una existencia. Como su amado Jim, su aspecto era también el de una sonámbula, y ambos se movían en un mismo planeta sombrío, donde sus mentes habían quedado para siempre prendidas de su vaguedad.

Otro de los asistentes al chocolate de Mr. Ret era el conde de Wirobouff, hermoso ruso blanco. Entre los rusos siempre se dan místicos de alguna causa. Y así era también el conde Wirobouff. Había arriesgado la vida durante la guerra, tomándose un pueblo francés y colgando la bandera en la torre de la iglesia, motivo por el cual fué herido y condecorado. Esto le valió un puesto en las Naciones Unidas. Y ahora sus ideales servían a la causa roja. De este modo se podía pensar que llegaría a ser un lujoso delegado del Soviet. Prendado de una americana poderosa

soñaba con poseer esa fortuna y poder realizar el nuevo orden económico y social.

Lucía observaba detenidamente todas esas vidas y de ellas sacaba conocimiento, amenidad y experiencia.

* * *

Comienzan los conciertos. Las salas se repletan de públicos diferentes (Town Hall, Carnegie Hall, Broadcasting Corporation). En ordenadas filas avanza esa falange humana, llena de curiosidad y deseos de saber, como niños fornidos y grandes, a los que toda manifestación de vida deja atónitos.

El otoño inunda sus parques. La temporada abre sus tiendas y sus puertas. Y las calles se van llenando de un río de hormigas.

El norteamericano quiere aprender, quiere llegar a su madurez. Por eso asiste como buen colegial a todo lo que le instruye y le enseña. Norteamérica es un pueblo joven y se conduce como tal, avanza al parecer dentro de este orden natural, sin saltarse como los latinos el tramo de la adolescencia. Por eso su convivencia a lo largo de los días va cautivando al extranjero, hasta que esa corriente de cordialidad joven y constructiva le modifica y le devuelve sus pueriles ilusiones. Lucía, más que otros, va siendo atraída por el nuevo ambiente. Con su sensibilidad y su amor a lo claro y sincero ha podido captar las reacciones simples y bien intencionadas de esa gente criada en leche blanca y pura. La faz severa y dura con que aparece este pueblo a los ojos del latino, que nunca puede desprenderse bien de su alma de cancionero, se debe a esa obligación de superarse que se ha impuesto el sajón, de no tener compasión de su cuerpo ni de sus sentimientos y por ello mismo procede de idéntica forma con los demás. Su fortaleza externa se ha creado también un caparazón interior que lo defiende. Y tal vez por esto guarda intacta la niñez de sus sentimientos y de sus emociones.

Llegó el invierno con sus primeras nieves. Entonces la ciudad de New York alcanzó su mayor belleza, sepultándose en albo y silencioso tapiz. Sus avenidas inmensas y blancas, con sus árboles fantasmales, el silencio en las calles desiertas y el sol pálido y atónito frente a la imponente belleza de la ciudad emergida de un mar blanco e irreal. Las ventanas como ojos llorosos acumulando el lento caer de sus lágrimas de escarcha, y el cielo, como de juguete, dejando deslizar millones de leves copitos blancos, blandamente, sobre el suelo. Mientras tanto, en el interior de los «flats» se escuchan conciertos envueltos en la caricia de la calefacción y del rubio whiskey, junto al humo de los cigarrillos. La dueña de casa, con su coqueto delantal, ordena el «home», mientras el hombre sueña en su mullido sillón con nuevas empresas. ¡Qué reposo y encanto sentía el alma de Lucía, flotando en esta inmensidad blanca, donde se levantaban altas torres que trataban de alcanzar el cielo! Algo tibio y cordial de esa vida se le iba transmitiendo lentamente. Allí todos poseían su propio espacio y las posibilidades más variadas se ofrecían; todos pueden soñar, ambicionar y realizar bajo ese cielo internacional. ¡Qué largo tiempo le parecía haber vivido en esa ciudad! ¡Cuánto había cambiado! Había recuperado su verdadera proporción; se sentía joven, con ambiciones y nuevos brotes. El horizonte era amplio y liso, y la cordialidad norteamericana iba cicatrizando sus heridas. ¡Qué diferencia con algunos meses atrás, cuando, sumida en la desesperación, sola y derrotada en su patria, miraba con escepticismo el porvenir! Con una sonrisa piensa en sus paseos al Central Park, con el joven Eric, corriendo por la nieve y jugando con ella, tropezando y cayendo como niños felices, con esa alegría que no se pudo expresar en su infancia triste y encerrada. Luego Eric tomándole fotografías en colores en medio de la algazara del parque, interrumpidos por las traviesas arduas, que vienen curiosas y mansas a lamer sus dedos.

Y así, un día, llegó Christmas, con sus preciosos arbolitos cubiertos de luces de colores, como en las tarjetas postales. Las

grandes avenidas silenciosas, con su sonrisa blanca y mullida se llenaron de paseantes que miraban las vidrieras, pobladas de juguetes, colgando de las ramas de los pinos. Cada ventana de tienda era un paraíso infantil, presidido por el Viejo Pascuero con su barba blanca y su traje rojo, abriendo sacos prodigiosos, que dejan caer sinfonías de colores sobre el tapiz blanco. En Estados Unidos, todos tienen sus Chrismas. Es el día sagrado de la familia, al que han precedido múltiples trajines. Cada cual prepara su fiesta. Y en las calles nevadas se canta el himno de Pascua. Todo ese mundo se hace eco de este día de amor entre los humanos. El extranjero que vive esos momentos allá, tiene que sufrir la tremenda nostalgia que hay en el fondo de su corazón por el principio de la familia. Lucía, compungida, ve llegar esta temida y ansiada fecha. Recorre los templos abiertos y se prosterna ante la primera familia del mundo, Jesús en el pesebre. En ese día confirma ella esa cordialidad sencilla y comunicativa del norteamericano. Desde la mañana se fueron llenando de flores y plantas los vacíos de su estancia. Las macetas encintadas eran el testimonio del cariño de sus vecinos y de los visitantes del departamento contiguo.

Luego fué invitada a la cena de Pascua en casa del hermoso Eric. Les acompañaron su madre y su hermana. Presidía la anciana baronesa Pablowick, dueña del inmueble. La tarde transcurrió muy amena, entre recuerdos de la baronesa. Había sido famosa cantante del Scala de Milán y condecorada en la Corte de Italia. Bastante anciana ya, estaba casi sorda. Y no se podía menos de escucharla con afecto exponer toda una época gloriosa de su vida.

Ya avanzada la noche, la hermana de Eric cantó un aria de Rossini, con su voz pura y fuerte de virgen fornida. La velada terminó con reminiscencias negras, ejecutadas al piano con soltura y buen gusto por Eric.

Es curioso cómo el alma negra ha impregnado de su zumo oscuro el alma norteamericana. No existe ahí ninguna manifes-

tación de vida donde no se filtre el negro con su epilepsia melódica. Raro es el gran concierto en que no se le dedique una página. América parece haber arreglado su ritmo de vida inspirada en la música de Harlem. Especialmente en New York hay algo convulso y agitado; en el deslizarse de su vida, en su arte, en su literatura. Los colonos rubios de Norteamérica imitan los ademanes de los negros, sus danzas, sus gestos. Los separan con leyes y costumbres de su mundo; pero en verdad yacen en la raíz misma de esta moderna América del Norte, donde ellos están escribiendo su historia.

* * *

Han pasado seis meses. Lucía ha olvidado el paisaje de su patria y ha entrado de lleno en el nuevo ritmo. La electricidad del ambiente de esa ciudad, ha transformado su modorra en dinamismo. Su cabeza proyecta mil cosas; su cuerpo se sostiene bien sobre su espina dorsal y ha adquirido un caminar firme, como de una futura ciudadana norteamericana. El respeto que existe por la mujer en cuanto a calidad de persona, considerada como un ser humano, donde se escucha su opinión y se considera su vida, le ha robustecido su personalidad y le ha dado fuerzas para afrontar la existencia. El contagioso interés que el norteamericano demuestra por todo, la va transformando y, por primera vez, descubre el adelanto técnico y mecánico del mundo. Visita exposiciones de pintura y de escultura moderna, se pasa horas en el «Metropolitan Musseum» y asiste a conferencias sobre las épocas egipcia, griega, romana y medieval. Luego, en el Museo de Historia Natural, concurre a sus salas de biología y fisiología con la misma curiosidad y tesón con que lo hacen los norteamericanos. Asiste al Planetarium y escucha conferencias sobre astronomía. Todo ello sin emoción, sin sentimiento, por el puro y desnudo deseo de saber y de obtener nociones de todo.

Los norteamericanos son seres de cerebro ordenado como un

casillero de correo; en todos sus pliegues guardan algo y usan hasta la última partícula de su entendimiento, sin desperdiciar nada. Administran su cabeza con un orden perfecto, que trasciende al país y que ha logrado darle su grandeza y bienestar. El origen de esos puritanos que vinieron a colonizar el Nuevo Mundo, se trasluce en el orden de la vida, que alcanza aún a sus corazones, haciéndolos a veces duros y objetivos; pero siempre con una intención clara y buena.

Lucía se ha transformado. Su visión de la vida es diferente. Desea establecerse en Norteamérica. Se ha creado una capacidad nueva a base de esa misma fuerza constructiva que yace en ella y que en su país se emplea para sufrir y disgregarse. La misma fuerza centrífuga, que su tierra extrae de los seres, debilitándolos. Recuerda la impresión geográfica de su país, que se le gravó con claridad a su vuelta de algún viaje por el extranjero, como de caída a una pupila ciega, en una punta del mundo que sigue adherida al mar y a la montaña, sufriendo cada día el dolor de su inconsistencia, la desesperanza de su situación postrera. Es esa evidencia del fin, que ha experimentado, la que la impulsa ahora a buscarse una colocación en este inmenso casillero de acción. Se desdobla; tiende al sol toda su personalidad sombría; y eso la cura lentamente de aquella tristeza del paisaje lejano. Y, vuelta hacia afuera, se olvida en la acción.

Su nueva experiencia de vida la encanta, desea trabajar, compartir la faena con sus nuevos amigos, colaborar en ese mundo grande y abierto. Tiene ya varias proposiciones: modelo. Instituto de Belleza, cine, Naciones Unidas. Pero ahí el trabajo es duro y cada cual debe rendir tributo a su máxima capacidad física. Lucía experimenta el sentimiento de su responsabilidad. Al compararse mentalmente con esas supermujeres norteamericanas, a quienes puede verse todo el día brillantes y prontas como un intacto pliego de celofán, va dejando caer sus posibilidades. Siente que lleva el estigma de su montaña, como un peso desamparado sobre sus hombros. Víctima de un clima psíquico, se

siente cansada, vive cansada. Su semblante sensitivo proyecta todos sus estados. No. Ella no podría luchar con éxito en este otro universo; debe renunciar a esa existencia joven, a ese mundo que no es el de su alma.

Es así como una noche se separa de esa América. Una noche oscura atraviesa el río Hudson, con el más hermoso vástago de la joven América, y se despide de esa ciudad fantasmal, con sus inmensas torres negras proyectadas al cielo, mecida por el azote de las aguas negras del río sobre la piedra y con sus letreros luminosos, alumbrando como un cielo estrellado a la ciudad de cemento. La estatua de la Libertad da la bienvenida a algún lejano inmigrante y Lucía se despide de la cordial sonrisa blanca del joven norteamericano y de su brazo fuerte, que se eleva como una de las miles de poleas de esa inmensa civilización.

Nunca olvidará esa última noche en New York, contemplada a la otra vera del Hudson River, esa ciudad emergida de un sueño de grandeza, la cálida amistad que ahí recibió, nacida de esa armonía sincera y fuerte entre los ciudadanos, las modestas tertulias en casa de algún músico recién llegado a instalarse en New York, los feéricos partys en casa de los millonarios norteamericanos o europeos radicados allá, el ambiente excéntrico e internacional y el camino liso y abierto.

Lucía piensa en el dolor de la readaptación al volver a sumergirse de nuevo en su paisaje. Sabe que vendrán meses de rebeldía vana antes de dejarse vencer y desintegrar por las fuerzas demoledoras del ambiente y de la tierra. Pero algo había aprendido Lucía en sus viajes, algo que ya no podría desaparecer: había aprendido a tomar conciencia de sí misma y de su mundo y a hundirse voluntariamente en él, en busca de su más hondo significado.

En esto vive y muere el hombre de nuestra tierra, en una lucha encarnizada con su ambiente, huyendo a veces de su paisaje, vagando por el mundo, con el peso de su destino, para retornar a morir y a deshacerse en los blancos lomos de sus cordilleras.